



Biblioteca Mundial  
de la Poesía  
UAEMEX

# I

## Compilación de Obras José María Heredia



UAEM

Universidad Autónoma  
del Estado de México





Compilación de Obras  
José María Heredia

© Universidad Autónoma del Estado de México, 2016  
Instituto Literario núm. 100,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

El presente texto es un derivado de una obra en dominio público. Recuperado de wikisource:  
<https://es.wikisource.org/>

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en <http://ri.uaemex.mx/>

Compilación de Obras  
José María Heredia





## José María Heredia

De origen cubano, nace el 31 de diciembre de 1803, por el trabajo de su padre, Francisco Heredia Mieses, Oidor y Regente de la Real Audiencia de Caracas, se muda a Venezuela en 1810 para regresar en 1818 a Cuba, año en el que inicia sus estudios de Leyes en la Universidad de La Habana. En 1819, se establecen en México donde continúa sus estudios, sin embargo, la muerte de su padre en 1820, Heredia regresa con su madre y hermanas a Cuba.

En 1823, se ve envuelto en la conspiración «Soles y Rayos de Bolívar» por lo que se ve obligado a marcharse a Estados Unidos, país del que admiraba sus instituciones políticas; en este periodo de tiempo contrajo tuberculosos, enfermedad que dieciséis años después le costaría la vida. Durante su exilio, escribe la «oda al Niágara» y publica la primera edición de sus poemas.

En 1825, aceptó la invitación el presidente de México Guadalupe Victoria y regresa a México. Durante los nueve que permaneció en el Estado de México fue periodista, diputado y magistrado además de bibliotecario, maestro y director del Instituto Científico y Literario cargo que desempeñó poco más de un año.





En 1836 obtuvo permiso para regresar a Cuba, sin embargo, por las humillaciones sufridas, regresó a México a los cuatro meses donde fallece el 7 de mayo de 1839 a causa de la tuberculosis adquirida en Estados Unidos.

Es considerado el poeta nacional de Cuba y apodado como el «cantor del Niágara» así como representante de la poesía pre-romántica. Una de las características centrales de su obra es el sentido espiritual del paisaje físico así como ideas políticas de su época en Cuba.







## Contenido

A Elpino (¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce)  
A Emilia (Desde el suelo fatal de su destierro)  
Adiós (Belleza de dolor, en quien pensaba)  
A la estrella de Venus (Estrella de la tarde silenciosa)  
A la hermosura (Dulce hermosura, de los cielos hija)  
A Lola en sus días (Vuelve a mis brazos, deliciosa Lira)  
A mi amante (Es media noche: vaporosa calma)  
A mi esposa en sus días (¡Oh! Cuán puro y sereno)  
Al Océano (¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano)  
Al Popocatepetl (Tú que de nieve eterna coronado)  
Ausencias y recuerdos (¿Qué tristeza profunda, qué vacío)  
Calma en el mar (El cielo está puro)  
El ay de mí (¡Cuán difícil es al hombre)  
En el Teocalli de Cholula  
(¡Cuánto es bella la tierra que habitaban)  
En una tempestad, también llamada “Oda al huracán”,  
(Huracán, huracán, venir te siento)



## A Elpino

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce  
otro cielo ni sol que el de su patria!  
¡Ay, si ventura tal contar pudiera...!

Tú, empero, partes, y a la dulce patria  
tornas... ¡Dado me fuera  
tus pisadas seguir! ¡Oh! ¡cuán gozoso  
tu triste amigo oyera  
el ronco son con que la herida playa  
al terrible azotar del Océano  
responde largamente! Sí; la vista  
de sus ondas fierísimas, hirviendo  
bajo huracán feroz, en mi alma vierte  
sublime inspiración y fuerza y vida.  
Yo contigo, sus iras no temiendo,  
al vórtice rugiente me lanzara.

¡Oh! ¡cómo palpitante saludara  
las dulces costas de la patria mía,  
al ver pintada su distante sombra  
en el tranquilo mar del mediodía!  
¡Al fin llegado al anchuroso puerto,  
volando a mi querida,



al agitado pecho la estrechara,  
y a su boca feliz mi boca unida,  
las pasadas angustias olvidara!

Mas, ¿a dónde me arrastra mi delirio?  
Partes, Elpino, partes, y tu ausencia  
de mi alma triste acrecerá el martirio.  
¿Con quién ¡ay Dios! ahora  
hablaré de mi patria y mis amores,  
y aliviaré, gimiendo, mis dolores?  
El bárbaro destino  
del Texcoco en las márgenes ingratas  
me encadena tal vez hasta la muerte.  
hermoso cielo de mi hermosa patria,  
¿No tornaré yo a verte?

Adiós, amigo: venturoso presto  
a mi amante verás... Elpino, díla  
que el mísero Fileno  
la amará hasta morir... Díla cual gimo  
Lejos de su beldad, y cuantas veces  
regó mi llanto sus memorias caras.  
Cuéntala de mi frente, ya marchita,  
la palidez mortal...



¡Adiós, Elpino,  
adiós, y sé feliz! Vuelve a la patria,  
y cuando tu familia y tus amigos  
caricias te prodiguen, no perturbe  
tu cumplida ventura  
de Fileno doliente la memoria.  
mas luego no me olvides, y piadoso  
cuando recuerdes la tristeza mía,  
un suspiro de amor de allá me envía.



## A Emilia

Desde el suelo fatal de su destierro  
tu triste amigo, Emilia deliciosa,  
te dirige su voz; su voz que un día  
en los campos de Cuba florecientes  
virtud, amor y plácida esperanza  
cantó felice, de tu bello labio  
mereciendo sonrisa aprobadora,  
que satisfizo su ambición. Ahora  
sólo gemir podrá la triste ausencia  
de todo lo que amó, y enfurecido  
tronar contra los viles y tiranos  
que ajan de nuestra patria desolada  
el seno virginal. Su torvo ceño  
mostróme el despotismo vengativo,  
y en torno de mi frente, acumulada  
rugió la tempestad. Bajo tu techo  
la venganza burlé de los tiranos.

Entonces tu amistad celeste, pura,  
mitigaba el horror a las insomnias  
de tu amigo proscrito y sus dolores.  
Me era dulce admirar tus formas bellas  
y atender a tu acento regalado,



cual lo es al miserable encarcelado  
el aspecto del cielo y las estrellas.

Horas indefinibles, inmortales,  
de angustia tuya y de peligro mío,  
¡Cómo volaron! Extranjera nave  
arreatóme por el mar sañudo,  
cuyas oscuras turbulentas olas  
me apartan ya de playas españolas.

Heme libre por fin: heme distante  
de tiranos y siervos. Mas, Emilia,  
¡Qué mudanza cruel! Enfurecido  
brama el viento invernal: sobre sus alas  
vuela y devora el suelo desecado  
el yelo punzador. Espesa niebla  
vela el brillo del sol, y cierra el cielo,  
que en dudoso horizonte se confunde  
con el oscuro mar. Desnudos gimen  
por doquiera los árboles la saña  
del viento azotador. Ningún ser vivo  
se ve en los campos. Soledad inmensa  
reina, y desolación, y el mundo yerto  
sufre el invierno cruel la tiranía.



¿Y es ésta la mansión que trocar debo  
por los campos de luz, el cielo puro,  
la verdura inmortal y eternas flores  
y las brisas balsámicas del clima  
en que el primero sol brilló a mis ojos,  
entre dulzura y paz...? Estremecido  
me detengo, y agólpanse a mis ojos  
lágrimas de furor... ¿Qué importa? Emilia,  
mi cuerpo sufre, pero mi alma fiera  
con noble orgullo y menosprecio aplaude  
su libertad. Mis ojos doloridos  
no verán ya mecerse de la palma  
la copa gallardísima, dorada  
por los rayos del sol en occidente;  
ni a la sombra de plátano sonante  
el ardor burlaré de mediodía,  
inundando mi faz en la frescura  
que espira el blando céfiro. Mi oído,  
en lugar de tu acento regalado,  
o del eco apacible y cariñoso  
de mi madre, mi hermana y mis amigas,  
tan sólo escucha de extranjero idioma  
los bárbaros sonidos: pero al menos  
no lo fatiga del tirano infame



el clamor insolente, ni el gemido  
del esclavo infeliz, ni del azote  
el crujir execrable, que emponzoñan  
la atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,  
idolatrada patria! tu hermosura  
goce el mortal en cuyas torpes venas  
gire con lentitud la yerta sangre,  
sin alterarse al grito lastimoso  
de la opresión. En medio de tus campos  
de luz vestidos y genial belleza,  
sentí mi pecho férvido agitado  
por el dolor, como el océano brama  
cuando le azota el norte. Por las noches,  
cuando la luz de la callada luna  
y del limón el delicioso aroma  
llevado en alas de la tibia brisa  
a voluptuosa calma convidaban,  
mil pensamientos de furor y sana  
entre mi pecho hirviendo, me nublaban  
el congojado espíritu, y el sueño  
en mi abrasada frente no tendía  
sus alas vaporosas. De mi patria  
bajo el hermoso desnublado cielo,  
no pude resolverme a ser esclavo,





ni consentir que todo en la Natura  
fuese noble y feliz, menos el hombre.  
miraba ansioso al cielo y a los campos  
que en derredor callados se tendían,  
y en mi lánguida frente se veían  
la palidez mortal y la esperanza.

Al brillar mi razón, su amor primero  
fue la sublime dignidad del hombre,  
y al murmurar de «Patria» el dulce nombre,  
me llenaba de horror el extranjero.  
¡Pluguiese al Cielo, desdichada Cuba,  
que tu suelo tan sólo produjese  
hierro y soldados! ¡La codicia ibera  
no tentáramos, no! Patria adorada,  
de tus bosques el aura embalsamada  
es al valor, a la virtud funesta.  
¿Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,  
no se inflama en los pechos de tus hijos  
generoso valor contra los viles  
que te oprimen audaces y devoran?

¡Emilia! ¡dulce Emilia! la esperanza  
de inocencia, de paz y de ventura



acabó para mí. ¿Qué gozo resta  
al que desde la nave fugitiva  
en el triste horizonte de la tarde  
hundirse vio los montes de su patria  
por la ¿postrera vez? A la mañana  
alzóse el sol, y me mostró desiertos  
el firmamento y mar... ¡Oh! ¡cuan odiosa  
me pareció la mísera existencia!  
Bramaba en torno la tormenta fiera  
y yo sentado en la agitada popa  
del náufrago bajel, triste y sombrío,  
los torvos ojos en el mar fijando,  
meditaba de Cuba en el destino,  
y en sus tiranos viles, y gemía,  
y de rubor y cólera temblaba,  
mientras el viento en derredor rugía,  
y mis sueltos cabellos agitaba.

¡Ah! también otros mártires... ¡Emilia!  
doquier me sigue en ademán severo  
del noble Hernández la querida imagen.  
¡Eterna paz a tu injuriada sombra,  
mi amigo malogrado! Largo tiempo  
el gran flujo y reflujo de los años



por Cuba pasará, sin que produzca  
otra alma cual la tuya, noble y fiera.  
¡Víctima de cobardes y tiranos,  
descansa en paz! Si nuestra patria ciega,  
su largo sueño sacudiendo, llega  
a despertar a libertad y gloria,  
honraré, como debe, tu memoria.

¡Presto será que refulgente aurora  
de libertad sobre su puro cielo  
mire Cuba lucir! Tu amigo, Emilia,  
de hierro fiero y de venganza armado,  
a verte volverá, y en voz sublime  
entonará de triunfo el himno bello.  
mas si en las lides enemiga fuerza  
me postra ensagrentado, por lo menos  
no obtendrá mi cadáver tierra extraña,  
y regado en mi féretro glorioso  
por el llanto de vírgenes y fuertes  
me adormiré. La universal ternura  
excitaré dichoso, y enlazada  
mi lira de dolores con mi espada,  
coronarán mi noble sepultura.



## Adiós

Belleza de dolor, en quien pensaba  
fijar mi corazón, y hallar ventura,  
adiós te digo, ¡adiós! Cuando miraba  
respirar en tu frente calma y pura  
el ingenio candor, y en tu sonrisa  
y en tus ojos afables  
brillar la inteligencia y la ternura,  
necio me aluciné. Mi fantasía,  
a la imagen de amor siempre inflamable,  
en tu bello semblante me ofrecía  
facciones que idolatro; y embebido  
en esperanza dulce y engañosa,  
pensaba en ti cobrar mi bien perdido.

Mas ¡ay! veloz desapareció cual niebla  
mi halagüeña ilusión. En vano ansiaba  
en tu pecho encontrar la fuente pura  
del delicado amor, del sentimiento.  
tan sólo caprichosa en él domina  
triste frivolidad, que me arrastrara  
de tormento en tormento,  
a un abismo de mal, llanto y ruina.  
¡Qué suplicio mayor que amar de veras,



y mirar profanado, envilecido,  
el objeto que se ama, y que pudiera  
ser amor de la tierra, si estuviera  
de pudor y modestia revestido!

¡Pérfida semejanza...! Si tu pecho,  
como tu faz imita la que adoro,  
de prendas y virtud igual tesoro  
en tu seno guardara,  
¡Cuál fuera yo feliz! ¡Cómo te amara  
con efusión inmensa de ternura,  
y a labrar tu ventura  
mi juventud ardiente consagrara...!

Caminas presurosa  
por la senda funesta del capricho,  
a irreparable mal y abismo fiero  
de ignominia y dolor... ¡Mísero! en vano  
en mi piedad ansiosa  
he querido tenderte amiga mano.  
la esquivaste orgullosa... ¡Adiós! yo espero  
que al fin vendrás a conocer con llanto  
si era fino mi afecto, si fue pura  
y noble mi piedad. Ya te desamo,



que es imposible amar a quien no estima,  
y sólo en compasión por ti me inflamo.

¡No te maldigo, no! ¡Pueda lucirte  
sereno el porvenir, y de mi labio  
el vaticinio fúnebre desmienta!  
a mi pecho agitado  
será continuo torcedor la vista  
de tu infausta beldad, y desolado  
tu suerte lloraré. Si acaso un día  
sufres del infortunio los rigores,  
y a conocerme aprendes, en mi pecho  
encontrarás, no amor, pero indulgencia,  
y el afecto piadoso de un amigo.  
¡Belleza de dolor! Adiós te digo.





## Oda a la estrella de Venus

Estrella de la tarde silenciosa,  
luz apacible y pura  
de esperanza y amor, salud te digo.  
en el mar de Occidente ya reposa  
la vasta frente el sol, y tú en la altura  
del firmamento solitaria reinas.  
ya la noche sombría  
quiere tender en diamantado velo,  
y con pálidas tiritas baña el suelo  
la blanda luz del moribundo día.  
¡Hora feliz y plácida, cual bella!  
Tú la presides, vespertina estrella.

Yo te amo, astro de paz. Siempre tu aspecto  
en la callada soledad me inspira  
de virtud y de amor meditaciones.  
¡Qué delicioso afecto  
excita en los sensibles corazones  
la dulce y melancólica memoria  
de su perdido bien y de su gloria!  
Tú me la inspiras. ¡Cuántas, cuántas horas  
viste brillar serenas  
sobre mi faz en Cuba!... Al asomarse



tu disco puro y tímido en el cielo,  
a mi tierno delirio daba rienda  
en el centro del bosque embalsamado,  
y por tu tibio resplandor guiado  
buscaba en él mi solitaria senda.

Bajo la copa de la palma amiga,  
trémula, bella en su temor, velada  
con el mágico manto del misterio,  
de mi alma la señora me aguardaba.  
En sus ojos afables me veían  
ingenuidad y amor: yo la estrechaba  
a mi pecho encendido,  
y mi rostro feliz al suyo unido,  
su balsámico aliento respiraba.

¡Oh goces fugitivos  
de placer inefable! ¡Quién pudiera  
del tiempo detener la rueda fiera  
sobre tales instante!...  
Yo la admiraba estático: a mi oído  
muy más dulce que música sonaba  
el eco de su voz, y su sonrisa  
para mi alma era luz. Horas serenas,





cuya memoria cara  
a mitigar bastara  
de una existencia de dolor las penas!

¡Estrella de la tarde! ¡cuántas veces  
junto a mi dulce amiga me mirabas  
saludar tu venida, contemplarte,  
y recibir en tu amorosa lumbre  
paz y serenidad!... Ahora me miras  
amar también, y amar desesperado.  
Huir me ves el objeto desdichado  
de una estéril pasión, que es mi tormento  
con su belleza misma;  
y al renunciar su amor, mi alma se abisma  
en el solo y eterno pensamiento  
de amarla, y de llorar la suerte impía  
que por siempre separa  
su alma bella y pura del alma mía.



## Oda a la hermosura

Dulce hermosura, de los cielos hija,  
don que los dioses a la tierra hicieron,  
oye benigna de mi tierno labio  
cántico puro.

La grata risa de tu linda boca  
es muy más dulce que la miel hiblea:  
tu rostro tiñe con clavel y rosas  
cándido lirio.

Bien cual se mueve nacarada espuma  
del manso mar en los cerúleos campos,  
así los orbes del nevado seno  
leves agitas.

El universo cual deidad te adora;  
el hombre duro a tu mirar se amansa,  
y dicha juzga que sus ansias tiernas  
blanda recibas.

De mil amantes el clamor fogoso,  
y los suspiros y gemir doliente,  
del viento leve las fugaces alas  
rápidas llevan.



Y de tu frente al rededor volando  
tus dulces gracias y poder publican:  
clemencia piden; pero tú el oído  
bárbara niegas.

¿Por qué tu frente la dureza nubla?  
¿El sentimiento la beldad afea?  
No: vida, gracia y expresión divina  
préstala siempre.

yo vi también tu seductor semblante,  
y apasionado su alabanza dije  
en dulces himnos, que rompiendo el aire  
férvidos giran.

Mil y mil veces al tremendo carro  
de amor me ataste, y con fatal perfidia  
mil y mil veces derramar me hiciste  
mísero llanto.

Y maldiciendo tu letal hechizo,  
su amor abjuro delirante y ciego;  
Mas, ¡ay! en vano que tu bella imagen  
sígueme siempre.



Si al alto vuelvo la llorosa vista,  
en la pureza del etéreo cielo  
el bello azul de tus modestos ojos  
lánguido miro.

Si miro acaso en su veloz carrera  
al astro bello que la luz produce,  
el fuego miro que en tus grandes ojos  
mórbido brilla.

Es de la palma la gallarda copa  
imagen viva de tu lindo talle;  
y el juramento que el furor dictome  
fácil abjuro.

Lo abjuro fácil, y en amor ardiendo,  
caigo a tus plantas, y perdón te pido,  
y a suplicar y dirigirte votos  
tímido vuelvo.

¡Ay! de tus ojos el mirar sereno  
y una sonrisa de tu boca pura,  
son de mi pecho, que tu amor abrasa,  
único voto.



¡Dulce hermosura! mi rogar humilde  
oye benigna, y con afable rostro  
tantos amores y tan fiel cariño  
págame justa.



## A Lola en sus días

Vuelve a mis brazos, deliciosa Lira,  
en que de la beldad y los amores  
el hechizo canté. Sobrado tiempo  
de angustias y dolores  
el eco flébil fuera  
mi quebrantada voz. ¿Cómo pudiera  
no calmar mi agonía  
este brillante día  
que a Lola vio nacer? ¡Cuán deleitosa  
despunta en oriente la luz pura  
del natal de una hermosa!  
Naciste, Lola, y Cuba  
al contemplar en ti su bello adorno  
aplaudió tu nacer. Tu dulce cuna  
meció festivo amor: tu blanda risa  
nació bajo su beso: complacido  
la recibió, y en inefable encanto  
y sin igual dulzura  
tus labios inundó: tu lindo talle  
de gallarda hermosura  
Venus ornó con ceñidor divino,  
y, tal vez envidiosa, contemplaba  
tu celestial figura.





Nace bárbaro caudillo,  
que con frenética guerra  
debe desolar la tierra,  
y gime la humanidad.

Naciste, Lola, y el mundo  
celebró tu nacimiento,  
y embelesado y contento  
adoró amor tu beldad.

Feliz aquel a quien afable miras  
que en tu hablar se embebece, y a tu lado  
admira con tu talle delicado  
a viva luz de tus benignos ojos.  
¡Venturoso mortal! ¡en cuanta envidia  
mi corazón enciendes!... Lola hermosa,  
¿quién tanta beldad y a tantas gracias  
pudiera resistir, ni qué alma fría  
con la expresión divina de tus ojos  
no se inflama de amor? El alma mía  
se abrasó a tu mirar... Eres más bella  
que la rosa lozana,  
del Zéfiro mecida al primer esplendor de la mañana.



Si en un tiempo más bello y felice  
tantas gracias hubiera mirado,  
¡Ah! tú fueras objeto adorado  
de mi fina y ardiente pasión.

Mas la torpe doblez, la falsía,  
que mi pecho sensible rasgaron,  
en su ciego furor me robaron  
del placer la dichosa ilusión.

¡Ángel consolador! Tu beldad sola  
el bárbaro rigor de mis pesares  
a mitigar alcanza,  
y en tus ojos divinos  
bebo rayos de luz y de esperanza.  
Conviértelos a mí siempre serenos,  
abra tus labios plácida sonrisa,  
y embriágame de amor!... Acepta grata  
por tu ventura mis ardientes votos.  
¡Ah! tú serás feliz: ¿cómo pudiera  
sumir el cielo en aflicción y luto  
tanta y tanta beldad? Si despiadado  
el feroz infortunio te oprimiere,  
¡ay! ¡no lo mire yo! Baje a la tumba







sin mirarte infeliz; o bien reciba  
los golpes de la suerte,  
y de ellos quedes libre, y generoso  
si eres dichosa tú, seré dichoso.

Me oyes, Lola, placentera,  
llena de fuerza y de vida...  
¡Ay! mi juventud florida  
el dolor marchita ya.

Cuando la muerte me hiera,  
y torne tu día sereno  
acuérdate de Fileno,  
di su nombre suspirando,  
y en torno de ti volando  
mi sombra se gozará.





## A mi amante

Es media noche: vaporosa calma  
y silencio profundo  
el sueño vierte al fatigado mundo,  
y yo velo por ti, mi dulce amante.  
¡ En qué delicia el alma  
enajena tu plácida memoria!  
Único bien y gloria

Del corazón más fino y más constante,  
¡Cuál te idolatro! De mi ansioso pecho  
la agitación lanzaste y el martirio,  
y en mi tierno delirio  
lleno de ti contemplo el universo.  
con tu amor inefable se embellece  
de la vida el desierto,  
que desolado y yerto  
a mi tímida vista parecía,  
y cubierto de espinas y dolores.  
ante mis pasos, adorada mía,  
riégalo tú con inocentes flores.

¡Y tú me amas! ¡Oh Dios! ¡Cuánta dulzura  
siento al pensarlo! De esperanza lleno,



miro lucir el sol puro y sereno,  
y se anega mi ser en su ventura.  
Con orgullo y placer alzo la frente  
antes nublada y triste, donde ahora  
serenidad respira y alegría.  
adorada señora  
de mi destino y de la vida mía,  
cuando yo tu hermosura  
en un silencio religioso admiro,  
el aire que tú alientas y respiro  
es delicia y ventura.

Si pueden envidiar los inmortales  
de los hombres la suerte,  
me envidiarán al verte  
fijar en mí tus ojos celestiales  
animados de amor, y con los míos  
confundir su ternura.  
o al escuchar cuando tu boca pura  
y tímida confiesa  
el inocente amor que yo te inspiro:  
Por mí exhalaste tu primer suspiro,  
y a mí me diste tu primer promesa.



¡Oh! ¡luzca el bello día  
que de mi amor corone la esperanza,  
y ponga el colmo a la ventura mía!  
¡Cómo, de gozo lleno,  
inseparable gozaré tu lado,  
respiraré tu aliento regalado,  
y posaré mi faz sobre tu seno!  
ahora duermes tal vez, y el sueño agita  
sus tibias alas en tu calma frente,  
mientras que blandamente  
sólo por mí tu corazón palpita.  
duerme, objeto divino  
del afecto más fino,  
del amor más constante;  
descansa, dulce dueño,  
y entre las ilusiones de tu sueño  
levántese la imagen de tu amante.



## A mi esposa en sus días

¡Oh! Cuán puro y sereno  
despunta el Sol en el dichoso día  
que te miró nacer, ¡Esposa mía!  
Heme de amor y de ventura lleno.

Puerto de las borrascas de mi vida,  
objeto de mi amor y mi tesoro,  
con qué afectuosa devoción te adoro,  
¡y te consagro mi alma enternecida!

Si la inquietud ansiosa me atormenta,  
al mirarte recobro  
gozo, serenidad, luz y ventura;  
y en apacibles lazos  
feliz olvido en tus amantes brazos  
de mi poder funesto la amargura.

Tú eres mi ángel de consuelo  
y tu celestial mirada  
tiene en mi alma enajenada  
inexplicable poder.

Como el Iris en el cielo



la fiera tormenta calma  
tus ojos bellos del alma  
disipan el padecer.

Y ¿cómo no lo hicieron  
cuando en sus rayos lánguidos respiran  
inocencia y amor? Quieran los cielos  
que tu día feliz siempre nos luzca  
de ventura y de paz, y nunca turben  
nuestra plácida unión los torpes celos.

Esposa la más fiel y más querida,  
siempre nos amaremos,  
y uno en otro apoyado, pasaremos  
el áspero desierto de la vida.

Nos amaremos, esposa,  
mientras nuestro pecho aliente  
pasará la edad ardiente,  
sin que pase nuestro amor.

Y si el infortunio vuelve  
con su copa de amargura,  
y en mí cargue su furor.



## Al Océano

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano  
mece por fin mi lecho estremecido!  
¡Otra vez en el Mar!... Dulce a mi oído  
es tu solemne música, Oceano.  
¡Oh! ¡cuántas veces en ardientes sueños  
gozoso contemplaba  
tu ondulación, y de tu fresca brisa  
el aliento salubre respiraba!  
Elemento vital de mi existencia,  
de la vasta creación mística parte,  
¡Salve! felice torno a saludarte  
tras once años de ausencia.

¡Salve otra vez! a tus volubles ondas  
Del triste pecho mío  
Todo el anhelo y esperanza fío.  
A las orillas de mi fértil patria  
Tú me conducirás, donde me esperan  
Del campo entre la paz y las delicias,  
Fraternales caricias,  
Y de una madre el suspirado seno.





¡Me oyes, benigno Mar! De fuerza lleno,  
En el triste horizonte nebuloso,  
Tiende sus alas aquilón fogoso,  
Y las bate: la vela estremecida  
Cede al impulso de su voz sonora,  
Y cual flecha del arco despedida,  
Corta las aguas la inflexible prora.  
Salta la nave, como débil pluma,  
Ante el fiero aquilón que la arrebatá  
Y en torno, cual rugiente catarata,  
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime  
De rumor, de frescura y movimiento:  
Mi desmayado acento  
Tu misteriosa inspiración reanime!  
Ya cual mágica luz brillar la siento:  
Y la olvidada lira  
Nuevos tonos armónicos suspira.  
Pues me torna benéfico tu encanto  
El don divino que el mortal adora,  
Tuyas, glorioso Mar, serán ahora  
Estas primicias de mi nuevo canto.





¡Augusto primogénito del Caos!  
Al brillar ante Dios la luz primera,  
En su cristal sereno  
La reflejaba tu cerúleo seno:  
Y al empezar el mundo su carrera,  
Fue su primer vagido,  
De tus hirvientes olas agitadas



## El solemne rugido.

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,  
Y al orbe desolado  
Consuma la vejez, tú, Mar sagrado,  
Conservarás tu juventud sublime.  
Fuerzas cual hoy, sonoras y brillantes,  
Llenas de vida férvida tus ondas,  
Abrazarán las playas resonantes  
-Ya sordas a tu voz-, tu brisa pura  
Gemirá triste sobre el mundo muerto,  
Y entonarás en lúgubre concierto  
El himno funeral de la Natura.

¡Divino esposo de la Madre Tierra!  
Con tu abrazo fecundo,  
Los ricos dones desplegó que encierra  
En su seno profundo.  
Sin tu sacro tesoro inagotable,  
De humedad y de vida,  
¿Qué fuera? -Yermo estéril, pavoroso,  
De muerte y aridez sólo habitado.

Suben ligeros de tu seno undoso  
Los vapores que, en nubes condensados





Y por el viento alígero llevados,  
Bañan la tierra en lluvias deliciosas,  
Que al moribundo rostro de Natura  
Tornando la frescura,  
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!  
En ti la luna su fulgor de plata  
Y la noche magnífica retrata  
El esplendor glorioso de su velo.  
Por ti, férvido Mar, los habitantes  
De Venus, Marte, o Júpiter, admiran  
Coronado con luces más brillantes  
Nuestro planeta, que tus brazos ciñen,  
Cuando en tu vasto y refulgente espejo  
Mira el Sol de su hoguera inextinguible  
El áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado Mar, quién es el hombre  
A cuyo pecho estúpido y mezquino  
Tu majestosa inmensidad no asombre?  
Amarte y admirar fue mi destino  
Desde la edad primera:





De juventud apasionada y fiera  
En el ardor inquieto,  
Casi fuiste a mi culto noble objeto.  
Hoy a tu grata vista, el mal tirano  
Que me abrumaba, en dichoso olvido  
Me deja respirar. Dulce a mi oído  
es tu solemne música, Oceano.





## Al Popocatépetl

Tú que de nieve eterna coronado  
alzas sobre Anahuac la enorme frente,  
tú de la indiana gente  
temido en otro tiempo y venerado,  
gran Popocatepetl, oye benigno  
el saludo humildoso  
que trémulo mi labio te dirige.  
escucha al joven, que de verte ansioso  
y de admirar tu gloria, abandonara  
el seno de Managua delicioso.

Te miro en fin: tus faldas azuladas  
contrastan con la nieve de tu cima,  
cual descuellas encima  
de las cándidas nubes que apiñadas  
están en torno de tu firme asiento:  
en vano el recio viento  
apartarlas intenta de tu lado.

¡Cuál de terror me llena  
el boquerón horrendo, do inflamado  
tu pavoroso cóncavo respira!  
¡Por donde ardiendo en ira





Mil torrentes de fuego vomitabas,  
y el fiero tascalteca  
el ímpetu temiendo de tus lavas,  
ante tu faz postrado  
imploraba lloroso tu clemencia!

¡Cuán trémulo el cuitado  
¡Quedábase al mirar tu seno ardiente  
centellas vomitar, que entre su gente  
firmísimos creían  
ser almas de tiranos,  
que a la tierra infeliz de ti venían!

Y llegará tal vez el triste día  
en que del Etna imites los furores,  
y con fuertes hervores  
consigas derretir tu nieve fría,  
que en torrentes bajando  
el ancho valle inunde,  
y destrucción por él vaya sembrando.

O bien la enorme espalda sacudiendo  
muestrés tu horrible seno cuasi roto,  
y en fuerte terremoto



vayas al Anahuac estremeciendo,  
y las grandes ciudades  
de tu funesta cólera al amago,  
con miserable estrago  
se igualen a la tierra en su ruina,  
y por colmo de horrores  
den inmenso sepulcro  
a sus anonadados moradores...

¡Ah! ¡nunca, nunca sea!  
¡Nunca, oh sacro volcán, tanto te irrites!  
Lejos de mí tan espantosa idea.

A tu vista mi ardiente fantasía  
por edades y tiempos va volando,  
y se acerca temblando  
a aquel funesto y pavoroso día  
en que Jehová con mano omnipotente  
la ruina de la tierra decretara.

El Aquilón soberbio  
bramando con furor amontonara  
inmensidad de nubes tempestuosas,  
que con su multitud y su espesura



la brillantez del sol oscurecieron:  
cuando sus senos húmedos abrieron  
el espumoso mar se vio aumentado,  
y entrando por la tierra presuroso,  
imaginó gozoso  
a su imperio por siempre sujetarla.

Los hombres aterrados  
a los enhiestos árboles subían,  
mas allí no perdían  
su pánico terror: pues el Océano  
que fiero se estremece  
temiendo que la tierra se le huye,  
a todos los destruye  
en el asilo mismo que eligieron.

Acaso dos monarcas enemigos  
que en pos corriendo de funesta gloria,  
sobrados materiales a la historia  
en bárbaros combates preparaban,  
al ver entonces el terrible aspecto  
de la celeste cólera, temblaron:  
en un sagrado templo guarecidos,  
de palidez cubiertos se abrazaron,





Y al punto sofocaron  
sus horrendos rencores en el pecho.  
Pero en el templo mismo  
los furores del mar les alcanzaban  
que con ellos y su odio sepultaban  
su reconciliación y su memoria.

Revueltos entre sí los elementos,  
su terrible desorden anunciaba  
que el airado Criador sobre la tierra  
el peso de su cólera lanzaba.

Tú entonces, del volcán genio invencible.  
El ruido de las ondas escuchaste,  
y al punto demostraste  
tu sorpresa y tu cólera terrible.  
Cual sacude el anciano venerable  
su lengua barba y cabellera cana,  
tal tú con furia insana  
la nieve sacudiste que te adorna,  
y humo y llamas ardientes vomitando,  
airado alzaste la soberbia frente,  
y tembló fuertemente  
la tierra, aunque cubierta de los mares.





Entonces dirigiste  
a la ondas la voz, y así dijiste:  
“¿Quién ha podido daros  
suficiente osadía,  
para que a vista mía  
mi imperio profanéis de aqueste modo?  
volved atrás la temeraria planta,  
y no intentéis osadas  
penetrar mis mansiones, visitadas  
sólo del aire vagaroso y puro”.

Así dijiste, y de su seno oscuro  
con horrible murmurio respondieron  
las ondas a tu voz, y acobardadas  
al llegar a tus nieves eternas  
con respetuoso horror se detuvieron.  
De espumas y cadáveres hinchadas,  
mil horribles despojos arrastrando  
hasta tu pie venían,  
y humildes le besaban,  
y allí la furia horrenda contenían.

Jehová entonces su mano levantando,  
dio así nuevos esfuerzos a las ondas,





que súbito se hincharon,  
y a pesar de tu rabia y tus bramidos  
a tus senos ardientes se lanzaron.

Mas aun allí tu cólera temían,  
pues de tu ardiente cráter arrojadas,  
y en vapor transformadas,  
vencer tu resistencia no podían.

Pero Jehová contuvo tus furores,  
y sobre tu cabeza  
con inmortal, divina fortaleza  
aglomeró las ondas espumosas.

Viéndote ya vencido  
por el mar protegido de los cielos,  
en tu seno más hondo y escondido  
los fuegos inextintos ocultaste,  
con que tu claro imperio recobraste  
pasados los furores del diluvio.

En tanto de tus senos anegados  
un negro vapor sube,



que alzando al éter columnosa nube,  
al universo anuncia  
los estragos del húmedo elemento,  
de Jehová la venganza y la alta gloria,  
su tan fácil victoria,  
y tu debilidad y abatimiento.

Después de la catástrofe horrorosa  
luengos siglos pasaste sosegado,  
temido y venerado  
de la insigne Tlaxcala belicosa.  
Jamás humana planta  
las nieves de tu cima profanara.

Mas ¿qué no pudo hacer entre los hombres  
la ansia fatal de eternizar sus nombres?  
Mira tu faz el español osado,  
y temerario intenta  
penetrar tus misterios escondidos.  
El intrépido Ordaz se te presenta,  
y a tu nevada cúspide se arroja.

En vano con bramidos  
le quisiste arredrar; entonces airado



ostentas tu poder. Con mano fuerte  
procuras de tu espalda sacudirle,  
y haciéndole temer próxima muerte,  
por los aires despides  
mil y mil trozos de tu duro hielo,  
y amenazas con llamas abrasarle,  
y le encubres el cielo  
y la lejana tierra  
con pómez y volcánica ceniza  
que a fuer de lluvia bajo sí le entierra.  
Mas él, siempre animoso,  
ve tu furor con ánimo sereno:  
holla tu nieve, y desde tu ancha boca  
mira con ansia tu hervoroso seno.

Mil victorias y mil doquier lograba  
Ee español ejército valiente,  
pero ya finalmente  
la pólvora fulmínea les faltaba.  
Y su impávido jefe fabricarla  
con el azufre de tu seno quiere.  
Hablará así a sus huestes el grande hombre:  
“eterno loor a aquel que se atreviere  
a acometer empresa de tal nombre”.



Así dice, y Montañó valeroso,  
la voz de honor oyendo que le anima,  
baja a tu ardiente sima,  
y tus frutos te arranca victorioso.  
¿Con fuerza te estremeces? ¡ah! yo creo  
que a cólera mi labio te provoca.  
De tu anchurosa boca  
humo y sulfúrea llama salir veo.  
¿Qué? ¿me quieres decir fiero y airado  
que sólo he numerado  
los terribles ultrajes que has sufrido?

Basta, basta, oh volcán; ya temeroso  
el torpe labio sello;  
pero escucha mis súplicas piadoso:  
no quieras despiadado  
ser más temido siempre que admirado.  
Jamás enorme piedra  
de tus senos lanzada  
llene de espanto al labrador vecino;  
jamás lleve tu lava su camino  
a su fértil hacienda,  
ni derribes su rústica vivienda  
con tus fuertes y horribles convulsiones;  
que el inextinto fuego  
que en tu seno se guarda  
para siempre jamás quede en sosiego.





## Ausencias y Recuerdos

¿Qué tristeza profunda, qué vacío  
siente mi pecho? En vano  
corro la margen del callado río  
que la celeste Lola  
al campo se partió. Mi dulce amiga,  
por qué me dejas? ¡Ay! con tu partida  
en triste soledad mi alma perdida  
verá reabierta su profunda llaga,  
que adormeció la magia de tu acento.  
El cielo, a mi penar compadecido,  
de mi dolor la fiel consoladora  
en ti me deparó: la vez primera  
(¿Te acuerdas, ola?) que los dos vagamos  
del Yumurí tranquilo en la ribera y  
me sentí renacer: el pecho mío  
rasgaban los dolores.

Una beldad amable, amante, amada  
con ciego frenesí, puso en olvido  
mi lamentable amor. Enfurecido,  
torvo, insociable, en mi fatal tristeza  
aún odiaba el vivir: desfiguróse  
a mis lánguidos ojos la natura,



pero vi tu beldad por mi ventura,  
y ya del sol el esplendor sublime  
volvíome a parecer grandioso y bello:  
volví a admirar de los paternos campos  
el risueño verdor. Sí: mis dolores  
se disiparon como el humo leve,  
de tu sonrisa y tu mirar divino  
al inefable encanto.

¡Ángel consolador! ya te bendigo  
con tierna gratitud: ¡cuán halagüeña  
mi afán calmaste! De las ansias mías  
cuando serena y plácida me hablabas,  
la agitación amarga serenabas,  
y en tu blando mirar me embelecías.

¿Por qué tan bellos días  
fenecieron? ¡Ay Dios! ¿Por qué te partes?  
Ayer nos vio este río en su ribera  
sentados a los dos, embebecidos  
en habla dulce, y arrojando conchas  
al líquido cristal, mientras la luna  
a mi placer purísimo reía  
y con su luz bañaba  
tu rostro celestial. Hoy solitario,





melancólico y mustio errar me mira  
en el mismo lugar quizá buscando  
con tierna languidez tus breves huellas  
horas de paz, más bellas  
que las cavilaciones de un amante,  
¿Dónde volasteis? —Lola, dulce amiga,  
di, ¿por qué me abandonas,  
y encanta otro lugar tu voz divina?  
¿No hay aquí palmas, agua cristalina,  
y verde sombra, y soledad?... Acaso  
en vago pensamiento sepultada,  
recuerdas ¡ay! a tu sensible amigo.  
¡Alma pura y feliz! Jamás olvides  
a un mortal desdichado que te adora,  
y cifra en ti su gloria y su delicia.

Mas el afecto puro  
que me hace amarte, y hacia ti me lleva,  
no es el furioso amor que en otro tiempo  
turbó mi pecho: es amistad. —Do quiera  
me seguirá la seductora imagen  
de tu beldad. En la callada luna  
contemplaré la angelical modestia  
que en tu serena frente resplandece:



veré en el sol tus refulgentes ojos;  
en la gallarda palma la elegancia  
de tu talle gentil veré en la rosa  
el purpúreo color y la fragancia  
de la boca dulcísima y graciosa,  
do el beso del amor riendo reposa:  
así do quiera miraré a mi dueño,  
y hasta las ilusiones de mi sueño  
halagará su imagen deliciosa.



## Calma en el mar

El cielo está puro,  
la noche tranquila,  
y plácida reina  
la calma en el mar.  
En su campo inmenso  
el aire dormido  
la flámula inmóvil  
no puede agitar.

Ninguna brisa  
llena las velas,  
ni alza las ondas  
viento vivaz.  
En el oriente  
débil meteoro  
brilla y disípase  
leve, fugaz.

Su ebúrneo semblante  
nos muestra la luna,  
y en torno la ciñe  
corona de luz.  
El brillo sereno



argenta las nubes,  
quitando a la noche  
su pardo capuz.

Y las estrellas,  
cual puntos de oro,  
en todo el cielo  
vense brillar.  
Como un espejo  
terso, bruñado,  
las luces trémulas  
refleja el mar.

La calma profunda  
de aire, mar y cielo,  
al ánimo inspira  
dulce meditar.  
Angustias y afanes  
de la triste vida,  
mi llagado pecho  
quiere descansar.  
astros eternos,  
lámparas dignas,  
que ornáis el templo



del Hacedor;  
sedme la imagen  
de su grandeza,  
que lleve al ánimo  
santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara:  
a seguir tu derrota dispónte,  
que en el puro lejano horizonte  
se levanta la brisa del sur;  
y la zona que oscura lo ciñe,  
cual la luz presurosa se tiende,  
y del mar, cuyo espejo se hiende,  
muy más bello parece el azul.



## El ay de mí

¡Cuán difícil es al hombre  
hallar un objeto amable  
con cuyo amor inefable  
pueda llamarse feliz!

Y si este objeto resulta  
frívolo, duro, inconstante  
¿Qué resta al mísero amante  
sino exclamar ¡ay de mí!

El amor es un desierto  
sin límites, abrasado,  
en que a muy pocos fue dado  
pura delicia sentir.

Pero en sus mismos dolores  
guarda mágica ternura,  
y hay siempre cierta dulzura  
en suspirar ¡ay de mí!



## En el Teocalli de Cholula

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban,  
los aztecas valientes! En su seno  
en una estrecha zona concentrados,  
con asombro se ven todos los climas  
que hay desde el Polo al Ecuador.

Sus llanos cubren a par de las doradas mieses  
las cañas deliciosas. El naranjo  
y la piña y el plátano sonante,  
hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
a la frondosa vid, al pino agreste,  
y de Minerva el árbol majestoso.

Nieve eternal corona las cabezas  
de Iztaccihual purísimo, Orizaba  
y Popocatepetl, sin que el invierno,  
toque jamás con destructora mano  
los campos fertilísimos, do ledo  
los mira el indio en púrpura ligera  
y oro teñirse, reflejando el brillo  
del sol en occidente, que sereno  
en yelo eterno y perennial verdura  
a torrentes vertió su luz dorada,



y vio a Naturaleza conmovida  
con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde; su ligera brisa  
las alas en silencio ya plegaba,  
y entre la hierba y árboles dormía,  
mientras el ancho sol su disco hundía  
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,  
cual disuelta en mar de oro, semejaba  
temblar en torno de él; un arco inmenso  
que del empíreo en el cenit finaba,  
como espléndido pórtico del cielo,  
de luz vestido y centellante gloria,  
de sus últimos rayos recibía  
los colores riquísimos. Su brillo  
desfalleciendo fue; la blanca luna  
y de Venus la estrella solitaria  
en el cielo desierto se veían.  
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella  
que la alma noche o el brillante día,  
¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa  
Cholulteca pirámide. Tendido





el llano inmenso que ante mí yacía,  
los ojos a espaciarse convidaba.  
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿Quién diría  
que en estos bellos campos reinaalzada  
la bárbara opresión, y que esta tierra  
brota mieses tan ricas, abonada  
con sangre de hombres, en que fue inundada  
por la superstición y por la guerra...?

Bajó la noche en tanto. De la esfera  
el leve azul, oscuro y más oscuro  
se fue tornando; la movible sombra  
de las nubes serenas, que volaban  
por el espacio en alas de la brisa,  
era visible en el tendido llano.

Iztaccihual purísimo volvía  
del argentado rayo de la luna  
el plácido fulgor, y en el oriente,  
bien como puntos de oro centellaban  
mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡Yo os saludo,  
fuentes de luz, que de la noche umbría  
ilumináis el velo,  
y sois del firmamento poesía!



Al paso que la luna declinaba,  
y al ocaso fulgente descendía,  
con lentitud la sombra se extendía  
del Popocatepetl, y semejaba  
fantasma colosal. El arco oscuro  
a mí llegó, cubrióme, y su grandeza  
fue mayor y mayor, hasta que al cabo  
en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,  
que velado en vapores transparentes,  
sus inmensos contornos dibujaba  
de occidente en el cielo.  
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo  
de las edades rápidas no imprime  
alguna huella en tu nevada frente?

Corre el tiempo veloz, arrebatando  
años y siglos, como el norte fiero  
precipita ante sí la muchedumbre  
de las olas del mar. Pueblos y reyes  
viste hervir a tus pies, que combatían  
cual hora combatimos, y llamaban  
eternas sus ciudades, y creían



fatigar a la tierra con su gloria.  
Fueron: de ellos no resta ni memoria.  
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día  
de tus profundas bases desquiciado  
caerás; abrumará tu gran ruina  
al yermo Anáhuac; alzaránse en ella  
nuevas generaciones, y orgullosas,  
que fuiste negarán...

Todo parece  
por ley universal. Aun este mundo  
tan bello y tan brillante que habitamos,  
es el cadáver pálido y deforme  
de otro mundo que fue...

En tal contemplación embebecido  
sorprendiéndome el sopor. Un largo sueño  
de glorias engolfadas y perdidas  
en la profunda noche de los tiempos,  
descendió sobre mí. La agreste pompa  
de los reyes aztecas desplegóse  
a mis ojos atónitos. Veía  
entre la muchedumbre silenciosa  
de emplumados caudillos levantarse



el déspota salvaje en rico trono,  
de oro, perlas y plumas recamado;  
y al son de caracoles belicosos  
ir lentamente caminando al templo  
la vasta procesión, do la aguardaban  
sacerdotes horribles, salpicados  
con sangre humana rostros y vestidos.

Con profundo estupor el pueblo esclavo  
las bajas frentes en el polvo hundía,  
y ni mirar a su señor osaba,  
de cuyos ojos férvidos brotaba  
la saña del poder.

Tales ya fueron  
tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,  
su vil superstición y tiranía  
en el abismo del no ser se hundieron.  
Sí, que la muerte, universal señora,  
hiriendo a par al déspota y esclavo,  
escribe la igualdad sobre la tumba.  
con su manto benéfico el olvido  
Tu insensatez oculta y tus furores  
a la raza presente y la futura.

Esta inmensa estructura  
vio a la superstición más inhumana



En ella entronizarse. Oyó los gritos  
de agonizantes víctimas, en tanto  
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,  
les arrancaba el corazón sangriento;  
miró el vapor espeso de la sangre  
subir caliente al ofendido cielo,  
y tender en el sol fúnebre velo,  
y escuchó los horrendos alaridos  
con que los sacerdotes sofocaban  
el grito del dolor.

Muda y desierta  
ahora te ves, pirámide. ¡Más vale  
que semanas de siglos yazcas yerma,  
y la superstición a quien serviste  
en el abismo del infierno duerma!  
A nuestros nietos últimos, empero,  
sé lección saludable; y hoy al hombre  
que ciego en su saber fútil y vano  
al cielo, cual Titán, truena orgulloso,  
sé ejemplo ignominioso  
de la demencia y del furor humano.



## En una tempestad

Huracán, huracán, venir te siento,  
y en tu soplo abrasado  
respiro entusiasmado  
del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido  
vedle rodar por el espacio inmenso,  
silencioso, tremendo, irresistible  
en su curso veloz. La tierra en calma  
siniestra; misteriosa,  
contempla con pavor su faz terrible.  
¿Al toro no miráis? El suelo escarban,  
de insoportable ardor sus pies heridos:  
la frente poderosa levantando,  
y en la hinchada nariz fuego aspirando,  
llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando  
vela en triste vapor su faz gloriosa,  
y su disco nublado sólo vierte  
luz fúnebre y sombría,  
que no es noche ni día...  
¡Pavoroso calor, velo de muerte!



Los pajarillos tiemblan y se esconden  
al acercarse el huracán bramando,  
y en los lejanos montes retumbando  
le oyen los bosques, y a su voz responden.  
Llega ya... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve  
su manto aterrador y majestuoso...!  
¡Gigante de los aires, te saludo...!  
en fiera confusión el viento agita  
las orlas de su parda vestidura...  
¡Ved...! ¡En el horizonte  
los brazos rapidísimos enarca,  
y con ellos abarca  
cuanto alcanzó a mirar de monte a monte!

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo  
levanta en torbellinos  
el polvo de los campos agitado...!  
En las nubes retumba despeñado  
el carro del Señor, y de sus ruedas  
brota el rayo veloz, se precipita,  
hiere y aterra a suelo,  
y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...? Desatada



cae a torrentes, oscurece el mundo,  
y todo es confusión, horror profundo.  
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,  
¿Dó estáis...? Os busco en vano:  
Desparecisteis... La tormenta umbría  
en los aires revuelve un oceano  
que todo lo sepulta...  
al fin, mundo fatal, nos separamos:  
el huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,  
de tu solemne inspiración henchido,  
al mundo vil y miserable olvido,  
y alzo la frente, de delicia lleno!  
¿Dó está el alma cobarde  
que teme tu rugir...? Yo en ti me elevo  
al trono del Señor: oigo en las nubes  
el eco de su voz; siento a la tierra  
escucharle y temblar. Ferviente lloro  
desciende por mis pálidas mejillas,  
y su alta majestad trémulo adoro.







# HUMANISMO QUE TRANSFORMA